

Jaime Taborga K.

En la oscuridad de los cielos se abrieron otra vez los pantanos; las aguas tenían la gravidez de un cuerpo más grande y más espantoso, los cabellos eran gruesos como la fiebre; había algo ajeno que no podía recordarse, algo en el mundo ocupando la existencia de regiones ocupadas por el mundo, aspiraciones adormecidas en el aire y materias que derivaban en el desuso del cuerpo y de la luz -formas inalcanzables de extrañarte en la memoria; pavorosas construcciones que enjugaban un llanto inconsolable bajo el agua y las horas que volvían en lugares distantes de las horas.

Alguien había desaparecido detrás de los nubarrones del espejo, en ciudades desdibujadas por las olas y las brumas palpadas en la áspera figura de los caracoles, detrás de los sueños que giran en el olvido de los toneles vacíos; con una espiral blanca dentro de una piedra negra, doliendo sobre los altos umbrales donde duerme la nada, con parálisis y asfixias, en el silencio de los tumbados gastándose en el aire que deshoja la tarde, detrás de longitudes que corren y ennegrecen los trayectos con sus aguas, en interminables barandales en la hendidura del tiempo y de la noche del tiempo.

Es así que hay lugares perdidos en la distancia del espacio, dimensiones del estar y de un ensueño -grandes naves que no retornarán sino melancólicamente como ilusiones de un ayer, adentrándose silenciosamente detrás del desconocido rastro de los cardúmenes del mar; resplandores que iluminan regiones que tan pronto están como ya no están, rumores y congojas que provienen del mundo en días y lugares donde el océano se vacía, con agujijoneos que recuerdan la caza del atún, con nada y todo en el espanto del alma, la temporalidad del alma y la infinita inquietud del alma.

Los vientos aclararon el verdor de los árboles, y se hicieron materia en la longitud de los caminos: la mirada se había detenido imaginado la sequedad de la fuente, había ido y había vuelto, sobre la infinitud de las negras y blancas baldosas de los ambulantes, las paralelas de los locos, los fantasmas que permanecen después de los gentíos; conjeturando en la estación donde alguien espera durante días y meses, comiendo arroz blanco, deseando algo en la tarde, algo de las aguas salobres y algo en la oquedad de los cuartos, junto a la quietud de los arribos y las estancias de algo, en proximidades y lejanías que siempre son de alguien y de algo de alguien.

Los barcos endurecidos en el puerto, eternizados, los hormigueros, la gente; ensimismamientos atroces del cuerpo y las tardes consumiéndose en los viejos árboles del huerto, cosas irremediablemente perdidas bajo una luz amarilla, con verdores y sopores detenidos en el sueño, deseos, otros deseos, y los ferrobuses que tocan su bocina en los poblados evocando en lo distante del paisaje estadias en lugares inexistentes del estar, ensoñaciones que sueñan otros rumbos, en viajes penumbrosos, propiciando momentos que sólo pertenecen al pasado, quietudes que parten conmovidas al adiós.

Hay lugares clausurados donde se desvanece el cuerpo, se nublan las veredas y en los almacigos de la nada se abre súbitamente la forma de la nada; golpes de brisa angustian alguna parte tremenda y equívoca del mundo, la muerte invisible de los pájaros en el cielo, como estampidos que quedaron detrás de una puerta, en una cabeza dislocada puesta para respirar una cosa más oscura y durar en la mirada como el olvido del tiempo; y todo se funde y se empaña en un aliento animal, con un olor de vegetal, con sales traídas del mar y una gran oscuridad en el aire.